

Mis vecinos del bloque de enfrente y yo nunca nos habíamos visto. El domingo nos vimos las caras por primera vez. Salimos a la ventana a aplaudir a quienes están luchando contra el coronavirus en la Sanidad Pública y tímidamente cruzamos nuestras miradas y nos unimos en un aplauso que atravesó la distancia que nos separa en un abrazo silencioso. A mí casi se me saltan las lágrimas.

Este maldito virus que nos ha quitado tanto, nos ha dado valorar lo que nos quita. No es el papel higiénico, son la libertad y los abrazos. Hay quienes llenan su ausencia ayudando a los demás, que es otra forma de abrazar. Por todas partes estamos viendo redes que se tejen, hombros que se arriman, personas que se ayudan codo con codo. Solidaridad y apoyo mutuo. No hay otra.

Nunca antes me he sentido tan cerca de comprender a quienes salen huyendo de situaciones mucho más trágicas y se lo juegan todo para intentar llegar a esta Europa que los recibe con indiferencia y palos. Ahora que Marruecos nos cierra sus puertas para evitar el contagio, como nosotros se las cerramos a los del otro lado como a apestados, no estaría nada mal que sacáramos la cabeza y viéramos al vecino de enfrente. Del otro lado de la calle, del mar, de la valla.

Podemos encerrarnos a esperar que pase la tormenta sin hacer nada o sacar la cabeza por la ventana y ver que sabemos hacer las cosas de otro modo. Que podemos parar y vivir más despacio, producir menos y contaminar la mitad, dejar de ser un virus para el planeta y para nosotros mismos. Que debemos defender la Sanidad de todos y la fuerza de lo público y lo colectivo. Que somos más y mejores cuando cooperamos que cuando competimos.

Javier Gallego, eldiario.es, 16/03/2020 [adaptación]